

X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario, 2005.

La prensa católica en la construcción de la identidad política católica, 1880-1947.

Miranda Lida.

Cita:

Miranda Lida (2005). *La prensa católica en la construcción de la identidad política católica, 1880-1947*. X Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional del Rosario. Departamento de Historia de la Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional del Litoral, Rosario.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-006/685>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La prensa católica en la construcción de la identidad política católica, 1880-1947

Miranda Lida¹

1. Es sabido que en la década de 1880, en los combates que enfrentaron a “católicos” y “liberales”, en ocasión de las leyes laicas, los católicos llevaron las de perder. No obstante más de medio siglo después, y tras agotadoras campañas en la prensa y otros medios de comunicación, la enseñanza religiosa fue establecida, como se sabe, en las escuelas, primero a través de un decreto de 1943 y, más tarde, en los años peronistas, a través de su legalización. Estas victorias, como ha indicado Loris Zanatta, alimentaron un fuerte revanchismo contra el pasado “liberal y laico” de la Argentina. Este contraste entre el pasado “liberal” de la Argentina, y un presente que prometía la posibilidad de conducir a una recristianización integral de la sociedad, se sumaba a su vez a otro contraste que oponía la imagen de una Iglesia Católica todavía débil a fines del siglo XIX, a diferencia de lo que ocurriría más tarde, luego de 1930, cuando la institución eclesiástica comenzó a mostrarse firmemente establecida en la Argentina —las diócesis y las parroquias se multiplicaron, a la par que Buenos Aires se convertía en la sede un Congreso Eucarístico Internacional—. Así planteado, este relato es bien conocido y ha sido muy discutido por los historiadores².

No obstante, de lo que trataremos aquí es de ofrecer otra interpretación de este proceso que atienda no tanto a las rupturas sino a las continuidades. En lugar de poner énfasis en el contraste que supuso la década de 1930, nos detendremos a considerar el papel que jugó uno de los factores que según creemos le dio continuidad a esta historia: la prensa católica. Ella hizo del catolicismo una causa a defender y, de este modo, contribuyó a sentar las bases de una identidad política católica que tuvo su expresión más decidida y visible en las movilizaciones que se llevaron a cabo en 1947 a favor de la enseñanza religiosa, manifestaciones que estuvieron orquestadas por el diario católico *El Pueblo* —el periódico que Grote había fundado en 1900—. Por contraste, si bien *La Unión* había intentado hacer algo semejante en la década de 1880, sus resultados no habían sido de ningún modo comparables. La “derrota” de 1880 dejó una clara enseñanza: el combate contra el laicismo

¹ Becaria postdoctoral Universidad Torcuato Di Tella- Conicet.

² Al respecto, entre otros trabajos, véase: Néstor Tomás Auza, *Católicos y liberales en la generación del ochenta*, Buenos Aires, 1981; Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia argentina. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, 2000; Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, 1996.

era una batalla demasiado grande, que no estaba a la altura de un periódico tan modesto y minúsculo como era por entonces *La Unión*. Para embarcarse en una lucha de grandes proporciones en nombre del catolicismo, era necesario contar con un periodismo católico capaz de dar muestras de solidez. Este desarrollo requirió largas décadas, desde fines del siglo XIX hasta la década de 1930, y su fruto más acabado fue sin duda el diario *El Pueblo*, que adquirió por entonces un liderazgo indiscutible en el periodismo católico, gracias al cual pudo darse el lujo de autotitularse “el diario nacional del catolicismo argentino”. Fue entonces cuando el laicismo pudo ser esgrimido nuevamente como un enemigo a combatir, precisamente en los años en los que *El Pueblo* alcanzaba todo su esplendor en el periodismo católico.

Nuestro argumento es pues que el periodismo católico, a medida que se robustecía, contribuyó a hacer del catolicismo una causa y una identidad política que merecía ser defendida contra sus más enardecidos enemigos, sean quienes fueren. Esta causa cobró una creciente presencia social y política en la medida en que el periodismo católico prosperaba; si la causa católica triunfaba, también triunfaría el periodismo católico, que vería crecer el número de ejemplares vendidos. Esto fue lo que le sucedió a *El Pueblo* en su época de oro, a partir de la década de 1930.

2. Si bien *La Unión* no fue el primer periódico católico de Buenos Aires, fue el primero que se esforzó por hacer del catolicismo una causa, una bandera y una identidad política; asimismo, se propuso reclutar huestes, organizar las fuerzas católicas y promover movilizaciones que las pusieran en acción en diversas ocasiones. ¿Por qué? Para explicar esto debemos comenzar por trazar un somero cuadro del periodismo católico de fines del siglo XIX.

En la Argentina, las décadas finales del siglo XIX fueron testigo de un crecimiento acelerado de la prensa católica en distintas regiones del país. En especial, fue en las regiones más estrechamente vinculadas al desarrollo socioeconómico agropecuario donde el desarrollo de la prensa católica se vivió con mayor intensidad: así ocurrió en las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba³. A su vez estas transformaciones

³ En Santa Fe existía el periódico católico *El Lábaro*; en Córdoba existían los periódicos católicos *El Eco de Córdoba*, *El Porvenir* y *Los Principios*; en Salta existía *La Verdad Católica*. Sobre la prensa católica en la provincia de Córdoba, véase Silvia Roitenburd, “Católicos, entre la política y la fe, 1862-1890”, en G. Vidal y P. Vagliente, *Por la señal de la cruz. Estudios sobre Iglesia católica y sociedad en Córdoba, siglos XVII-XX*, Córdoba, 2001; para Buenos Aires, Néstor Tomás Auza, “Un indicador de la cultura bonaerense. El periodismo de 1877 a 1914”, *Investigaciones y Ensayos*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 50 (2000).

convivieron con el afianzamiento de la propia institución eclesiástica, que comenzó a consolidar sus estructuras. La provincia de Buenos Aires, en especial, fue una de las áreas privilegiadas donde el crecimiento de las estructuras pastorales se vivió a un ritmo que intentaba acompañar al vertiginoso desarrollo socioeconómico de la región. La Iglesia Católica no marchaba, pues, de ningún modo a contrapelo del progreso⁴. A medida que la pampa se poblaba, prosperaba y crecía, algo similar ocurría con la Iglesia católica: entre 1880 y 1920 las estructuras pastorales se multiplicaron a un ritmo acelerado, y más todavía en aquellas regiones donde el desarrollo socioeconómico se hizo sentir con mayor impacto. Fue entonces cuando las parroquias de la campaña bonaerense comenzaron a multiplicarse, y más todavía en las dos últimas décadas del siglo XIX: en 1852 se podían contabilizar 33 parroquias en la campaña bonaerense; para 1871 ese número había trepado ya a 51; en 1881 se contaban a su vez 59 parroquias, que habrán de multiplicarse de ahí en más a un ritmo acelerado, luego de la expansión de la frontera, fruto de la campaña del desierto de 1879; así, más tarde, en 1904, podremos encontrar un total de 91 parroquias en la provincia de Buenos Aires, que continuarán multiplicándose... Menos de dos décadas más tarde, en 1921, la provincia contaba no sólo con 54 parroquias más, sino además con 37 nuevas jurisdicciones eclesiásticas de menor jerarquía⁵. En los cuarenta años transcurridos entre 1880 y 1920, pues, se establecieron en la provincia de Buenos Aires 86 nuevas parroquias, amén de otras jurisdicciones eclesiásticas secundarias. Y no menos significativo fue el crecimiento del clero en este lapso: si en 1900 la diócesis de La Plata, que comprendía la muy pujante provincia de Buenos Aires, contaba con 152 sacerdotes diocesanos, para 1921 ese número se había ya duplicado, hasta alcanzar un total de 320 clérigos que atendían las crecientes capellanías y parroquias de la diócesis; por su parte, también el clero regular se multiplicó a ritmo acelerado en este período, con el arribo de

⁴ Nuestra interpretación no coincide con aquellos historiadores que escribieron una historia de la Iglesia en clave militante, ofreciendo la imagen de una Iglesia que a fines del siglo XIX constituía una entidad bastante escuálida, más vinculada al pasado que al presente, poco consolidada institucionalmente e incluso en retroceso, bajo el impulso de la secularización. Por ejemplo, en este sentido Néstor Tomás Auza, *Católicos y liberales...*

⁵ Acerca del lento proceso de crecimiento que las estructuras pastorales de la campaña antes de 1852, véase María Elena Barral, "En busca de un destino: parroquias y clero rural en la primera mitad del siglo XIX", ponencia, *XIX Jornadas de Historia Económica*, San Martín de los Andes, 13 al 15 de octubre de 2004. Para 1871, véase el correspondiente *Registro estadístico de Buenos Aires*, Buenos Aires, 1873, p. 59 y ss. Para 1881, véase la sección "Culto" del *Censo General de la provincia de Buenos Aires de 1881*, Buenos Aires, 1883, p. 417. Para 1904 los datos han sido extraídos del *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de La Plata*, 1904, pp. 346-350. Para las primeras décadas del siglo XX, puede verse la nómina de las parroquias creadas durante el obispado de Terrero en el *Boletín Eclesiástico de la Diócesis de La Plata*, 1921, p. 50. Hay también datos al respecto en Francisco Avellá Cháfer, *Monseñor Francisco Alberti, tercer obispo y primer arzobispo de La Plata*, La Plata, 2002 y, del mismo autor, "Capellanes y curas de las parroquias de la provincia de Buenos Aires", *Estudios*, n.442 (oct-dic 1949).

nuevas órdenes religiosas que eran fruto de la inmigración⁶. Y no sólo aumentaba el número de las parroquias y los sacerdotes que las atendían; también crecían junto con ellos las asociaciones parroquiales de distinta índole (beneficencia, caridad, práctica devocional, prácticas litúrgicas, catecismo, etc.) que se nutrían de la participación activa de una feligresía en constante crecimiento, a su vez, gracias a la inmigración masiva⁷.

Fue en este contexto que floreció una prensa católica que circulaba en diferentes niveles⁸. Existían, en primer lugar, los grandes diarios que se publicaban en la ciudad de Buenos Aires pero cuya circulación era de alcance más amplio dado que podían llegar con relativa facilidad a las principales ciudades del país, a través del ferrocarril. En esta primera categoría debemos incluir los diarios *La América del Sud* (1876-1880), *La Unión* (1881-1889), *La Voz de la Iglesia* (1882-1911) y *El Pueblo* (fundado en 1900), periódicos que se preocupaban por dialogar con los grandes diarios “liberales”, que eran a veces sus interlocutores e incluso intentaban ser sus competidores. En un segundo nivel encontramos los periódicos católicos de publicación local que comenzaron a publicarse en las más importantes ciudades de la provincia de Buenos Aires, a medida que ellas prosperaban; este tipo de publicación regional creció, en especial, luego de 1890. Los periódicos católicos locales, muchas veces bajo la batuta del sacerdote del lugar, servían no sólo para articular las distintas expresiones del catolicismo local, sino además para amplificar su voz ante los grandes diarios de la ciudad de Buenos Aires, con los que construyeron estrechas relaciones: así, era frecuente que el diario católico de la ciudad de Buenos Aires publicara noticias extraídas de los diarios regionales y de este modo se establecían redes de solidaridad entre ellos. Además existían, en un tercer nivel, las publicaciones de índole parroquial, destinados a una feligresía muy acotada. A veces estas publicaciones eran minúsculas y se conformaban con ser sólo unas pocas hojas sueltas que se entregaban el domingo a la salida de la misa en el atrio de los templos; no obstante, si se trataba de una parroquia importante y de ingentes recursos económicos, la publicación parroquial podía

⁶ *Boletín eclesiástico de la diócesis de La Plata*, 1921, p. 50. También, véase José Luis Kaufmann, *Fecundidad de la Iglesia platense*, La Plata, 1999. Acerca del crecimiento del clero regular, puede verse el informe al respecto que se presentó en el Congreso Nacional en 1925 en el *Diario de sesiones de la Cámara de Diputados*, Buenos Aires, 1925, vol. 2, p. 608 y ss.

⁷ Son pocos los trabajos que se han detenido en estudiar el vínculo entre inmigración y religión en sentido amplio. Existen algunos estudios de caso, pero no un análisis comprensivo de alcance general que no podemos hacer aquí. Al respecto, Néstor Tomás Auza, *Iglesia e inmigración*, Buenos Aires, CEMLA, 1991; Daniel Santamaría, “Estado, Iglesia e inmigración en la Argentina moderna”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, Buenos Aires, 14 (1990). Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (eds.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, 1985.

⁸ Para un relevamiento de la prensa católica de Buenos Aires puede verse: “La buena prensa en la diócesis de La Plata”, *El Pueblo*, 19 de junio de 1909, o bien la *Guía eclesiástica de la República Argentina* (dirección: Santiago Ussher), Buenos Aires, Cabaut Editores- Librería del Colegio, 1915.

alcanzar gran repercusión: así el caso de la revista *La Buena Lectura* de la parroquia de La Merced, una de las más tradicionales del centro de la ciudad de Buenos Aires, publicación que fue fundada en 1879 y se publicó sin interrupciones durante más de cincuenta años. También, en este mismo sentido se puede mencionar, por ejemplo, la revista de la basílica de Luján, *La Perla del Plata*, que vio la luz en 1890. Otra expresión de la prensa católica que merece ser destacada es la que se hallaba estrechamente vinculada a las comunidades de inmigrantes: en este sentido puede por ejemplo mencionarse el periódico *The Southern Cross* (1875) de la comunidad irlandesa o la publicación de los italianos, *Cristoforo Colombo* (1892)⁹. Existían además otras publicaciones periódicas de distribución mensual que estaban destinadas a la difusión popular de “sanas” lecturas morales, piadosas y literarias; en este sentido, por ejemplo, la publicación de los salesianos *Lecturas católicas* que, mes a mes, desde 1884, sacaba al público volúmenes de más de cien páginas, cuya suscripción anual costaba 1,50\$ —es decir, veinte centavos más que la suscripción mensual al diario *La Voz de la Iglesia*—¹⁰. El periodismo católico era pues un universo heterogéneo y abigarrado, donde convivían publicaciones de diversa naturaleza, envergadura, alcance y complejidad.

En este contexto, fue el diario *La Unión*, fundado por José Manuel Estrada, el que alcanzó una de las posiciones más reputadas en el periodismo católico de fines del siglo XIX. No era un simple periódico parroquial, siquiera regional; editado en Buenos Aires y liderado por las mejores plumas del periodismo católico argentino, alcanzó rápido un amplio reconocimiento entre sus pares que comenzaron a considerarlo como un exitoso modelo a seguir, incluso en aquellas provincias del interior del país en las que la prensa católica apenas comenzaba a despuntar. *La Unión* tenía a su favor el hecho de contar con la colaboración de las mejores plumas del periodismo católico de entonces, figuras que a su vez gozaban de prestigio y reputación. José Manuel Estrada y Pedro Goyena, las principales plumas de *La Unión*, tenían sobre sus espaldas una trayectoria política que les confería prestigio y les aseguraba que su periódico fuera leído no simplemente en los estrechos círculos parroquiales —como solía ocurrir con el grueso de la prensa católica— sino en un radio más amplio de lectores que podía incluir más de una vez a los colegas de Pedro Goyena en la Cámara de Diputados, quienes leían *La Unión* aunque sólo fuera para

⁹ Acerca de los irlandeses, véase Juan Carlos Korol e Hilda Sábato, *Cómo fue la inmigración irlandesa en la Argentina*, Buenos Aires, 1981; sobre los italianos: Fernando Devoto, *Estudios sobre emigración italiana a la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX*, Napoli, 1991 y Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (eds.), *La inmigración italiana en la Argentina*, Buenos Aires, 1985.

¹⁰ Acerca de esta publicación salesiana, véase Ignacio Orzali, *La prensa argentina*, Buenos Aires- La Plata, Peuser, 1893.

estar al tanto de lo que pensaba y hacía el grupo que se nucleaba en torno de uno de los diputados más talentosos. De este modo, *La Unión* logró concentrar en sus manos una ventaja de la que ningún otro periódico católico gozaría por entonces: era un periódico católico al que se le prestaba una atención pareja a la que recibía cualquier otro diario no católico. Claro que lo leían los fieles de diferentes asociaciones parroquiales como si se tratara de un periódico católico más, que los mantendría al tanto de las actividades que se desenvolvían en los diversos templos católicos; pero, más importante aún, por el solo hecho de estar bajo la batuta de Estrada, lo leían sus pares en el periodismo, aunque sólo fuera para discutirlo: en cualquier caso, lo que importa subrayar es que *La Unión* era un interlocutor que era tenido en cuenta por los demás diarios, incluso no católicos. Era leído, a veces combatido, otras en cambio podía incluso ser aplaudido... Y ocupaba una posición nada desdeñable, dado que el resto de los periódicos católicos no lograba llegar más allá del atrio del templo.

Esta ventaja redundaba en una posición por lo demás privilegiada, de la que supo gozar el periódico fundado por Estrada; no hubo periódico católico que gozara del prestigio de *La Unión* en la década de 1880. (Puede sospecharse que fue por eso que la historiografía siempre lo recordó como un hito en el periodismo católico argentino.) Este prestigio fue incluso reconocido por sus pares en el periodismo católico. Así, por ejemplo, dos periódicos católicos del interior subrayaban en 1884 que:

La Unión de Buenos Aires es un periódico serio y respetado por sus mismos enemigos en fuerza de la ilustración y del juicio de sus directores al tratar todas las cuestiones de interés general. Sus páginas escritas con dignidad y altura encierran ejemplos y enseñanzas, porque reflejan ciencia y virtudes cívicas no comunes en estos tiempos. [...] No conocemos en la República una publicación que haya andado en tan poco tiempo un camino tan largo como *La Unión* [...] se ha hecho ella misma una autoridad que es respetada de los que son sus contrarios.¹¹

Esta posición de privilegio es un dato importante, desde nuestra perspectiva: es ella la que nos permitirá explicar los enormes esfuerzos que hizo *La Unión* para hacer del catolicismo una causa. El periódico de Estrada se sentía por encima de sus pares, y fue esta posición de superioridad la que le permitió avanzar por caminos hasta entonces inexplorados. Veamos más detenidamente cuál fue la empresa en la que se embarcó *La Unión* en la década de 1880.

¹¹ Se trata de los periódicos *El Creyente* de Catamarca y *La verdad católica* de Salta. Véase “*La Unión*”, en *La Unión*, 10 de agosto de 1884 y 28 de agosto de 1884.

La Unión vio la luz en agosto de 1881, pero fue recién en 1883 cuando comenzó a hacer del catolicismo una causa. A comienzos de ese agitado año recibía con orgullo los primeros elogios provenientes de la prensa del interior del país: se lo felicitaba por haber estado a la altura de la “prensa liberal” en la discusión acerca del concordato que el gobierno de Roca procuraba gestionar ante la Santa Sede¹². Los elogios recibidos impulsaron al periódico a identificarse cada vez más con el catolicismo, y hacer de él *su* bandera a defender; en efecto, aún antes de que se desatara la “querrela escolar”, podemos ya encontrar a *La Unión* lamentándose de la “dispersión” de los católicos, a quienes se acusa de no contribuir lo suficiente con el periodismo de “su credo”¹³. Se iniciaba así una prédica que estará destinada a tener larga vida en el periodismo católico. Fue entonces cuando *La Unión* cobró conciencia de la necesidad de organizar a los católicos en asociaciones distribuidas a lo largo del país: “la asociación y la prensa son los dos grandes instrumentos de lucha en los tiempos modernos [...] Su deber no es triunfar sino combatir”, advertía¹⁴. *La Unión* se lanzaba al combate cuando todavía no se había iniciado el debate por la ley de educación. No tardará Estrada en disponerse a recorrer el país, en pos de fomentar la creación de clubes católicos en las más importantes ciudades de la provincia de Buenos Aires y del interior del país: así ocurrió en Chivilcoy, Magdalena, Rosario, La Rioja, Corrientes, etc. Lo que importa destacar aquí es que Estrada no sólo llevaba en su periplo la intención de fundar clubes; se proponía asimismo asegurarle a *La Unión* el papel de articulador de todo este movimiento. Cada vez que se creaba un club católico, la noticia se publicaba en las páginas del periódico; a su vez, ese club era invitado a organizarse y participar en la convocatoria a la “Asamblea Nacional de los Católicos Argentinos” que se celebraría en 1884... y *La Unión* reflejaba todo ello fielmente en sus páginas, además de enviar las invitaciones a los clubes, asociaciones parroquiales y otras publicaciones católicas para que participaran en la proyectada asamblea. La asamblea, en efecto, tuvo lugar finalmente en agosto de 1884 y dio como fruto unas resoluciones en las que se proyectaba la creación de “centros de fomento” y comisiones parroquiales que debían destinarse a reunir recursos para sostener y difundir la prensa católica¹⁵. La organización del laicado y el fortalecimiento del periodismo católico eran, pues, dos fenómenos que se encontraban estrechamente relacionados.

¹² “*La Unión* en el interior”, *La Unión*, 13 de marzo de 1883.

¹³ “La prensa católica”, *La Unión*, 8 de abril de 1883.

¹⁴ “Asociación católica”, *La Unión*, 20 de junio de 1883.

¹⁵ “Resoluciones de la Primera Asamblea Nacional de los Católicos Argentinos”, *La Unión*, 5 de septiembre de 1884.

Pero estos impulsos sólo subsistieron cuanto duró la lucha por la enseñanza religiosa; no casualmente, la convocatoria al Segundo Congreso quedó en suspenso durante largos años. Una vez concluidos los debates, lo que siguió a continuación fue una “calma enervante” que preocupó sobremanera a *La Unión*; según advertía el periódico, ya para 1887 “las asociaciones católicas no siguen todavía multiplicándose con la rapidez y el entusiasmo que en otra época tuvimos ocasión de ver [...] Esperamos que volverá a hacerse sentir de un extremo a otro del país el mismo ardor”¹⁶. *La Unión* advertía que no era fácil mantener vivo el impulso adquirido en 1883 y 1884. ¿Cómo se hacía para conservarlo, cuando ya no quedaban grandes batallas que lidiar? No casualmente, fue en 1887 cuando *La Unión* se embarcó en el proyecto de promover la construcción del santuario nacional a la Virgen de Luján. Propuso la creación de comisiones de fieles “que hayan de promover las suscripciones y recolectar el óbolo en toda la República”, en beneficio del futuro santuario de la Virgen; “esperamos que la cooperación de todos no se hará desear y que una edificante rivalidad se hará sentir en cuanto a contribuir con el óbolo material, con la propaganda, con el celoso desempeño de las diversas comisiones”¹⁷. En este contexto, el periódico promovió las gestiones para la coronación de la Virgen que tuvo lugar en mayo de 1887 y presagió que a ella asistiría “la República entera”¹⁸. Además, el periódico se encargó de vender en sus oficinas los boletos de tren para que el público acudiera a la ceremonia; se tomó el trabajo de realizar suscripciones para reunir los fondos que permitieron costear las fiestas de la coronación; una vez concluida la ceremonia, publicó y distribuyó unos folletos recordatorios a beneficio de las obras del santuario¹⁹. No obstante, la ceremonia no logró movilizar a todo el país: el público asistente procedió únicamente de la ciudad de Buenos Aires o bien de los pueblos de su campaña...

Sea como fuere, *La Unión* pudo darse por satisfecho con los resultados obtenidos y poco después hizo suyo el proyecto del sacerdote lazarista Jorge M. Salvaire —que atendía la parroquia de Luján— de erigir un santuario nacional a la Virgen en la ciudad de Luján: “levantemos un templo digno de don divino [...] ese templo será un santuario nacional”, proclamaba el periódico de Estrada²⁰. En 1884, Salvaire había sido autor de una lujosa

¹⁶ “La masonería en Buenos Aires”, *La Unión*, 15 de abril de 1887.

¹⁷ “Santuario nacional”, *La Unión*, 27 de abril de 1887.

¹⁸ “N. S. de Luján”, *La Unión*, 8 de mayo de 1887.

¹⁹ Al respecto véase: “Las fiestas de Luján”, *La Unión*, 7 de mayo de 1887; “Coronación de N. S. de Luján”, *La Unión*, 18 de mayo de 1887.

²⁰ “El futuro santuario de Luján”, *La Unión*, 15 de mayo de 1887. Acerca de la construcción del santuario véase Dedier Norberto Marquiegui, Jesús M. Binetti y M. Inés Montaldo, “Concepciones eclesiásticas y modelos de urbanización: el debate sobre el emplazamiento y función de la basílica de N. S. de Luján,

edición de la historia de la devoción mariana de Luján destinada a recabar fondos para levantar el santuario a la Virgen, edición que logró luego de 1887 enorme difusión y repercusión a través de las páginas de *La Unión*, donde Salvaire comenzó a publicar crónicas y reseñas de la historia de la villa. De este modo, aquella edición de lujo que había sido editada por Salvaire con el propósito de distribuirla entre las familias de élite, alcanzó una popularidad que superó con creces las expectativas de su autor. La difusión que *La Unión* le dio a la obra de Salvaire le permitió al periódico augurar, a mediados de 1888, que el santuario nacional no tardaría en convertirse en una realidad, gracias a las contribuciones del público, que el propio periódico se encargaba de solicitar. En este contexto, podrá advertirse la aparición de una retórica cada vez más encendida y triunfalista en las páginas del periódico; así, por ejemplo, *La Unión* confesaba en 1888 que

Cuando vimos aquel entusiasmo del 8 de mayo del año pasado [en la fiesta de la coronación de la Virgen, de 1887] y de los siete días subsiguientes [...] cuando nos fue dado leer en los semblantes de todos aquellos fieles que venían de todas partes a invocar a María [...] entonces creímos ver un próximo y gran renacimiento del sentimiento religioso en todo el país y nos decíamos a nosotros mismos: Dios lo quiere!²¹

El renacimiento cristiano que *La Unión* auguraba en 1888 se vio reforzado poco después por la adopción de la consigna “por el reinado social de Cristo”, que el periódico hizo suya en ocasión de su séptimo aniversario²². Este fue el contexto que permitió que el periódico jugara un papel protagónico cuando, en agosto de ese año, se desencadenó el debate sobre la ley de matrimonio civil: fue *La Unión*, en efecto, quien se encargó de hacer una campaña para reunir firmas con el propósito de avalar un petitorio contra el proyecto de ley que se presentó ante el Congreso. No obstante, los resultados obtenidos fueron magros, “dado el escaso tiempo que se ha podido disponer para recolectarlas”, admitía²³. El periódico cobró conciencia de que la “dispersión” y la “desunión” de los católicos era el principal obstáculo a combatir; en este contexto, naufragó por completo el proyecto de convocar a una nueva asamblea de los católicos que reeditara la experiencia del primer congreso celebrado en 1884²⁴. *La Unión* no encontraba el modo de conservar el lugar protagónico que había adquirido en el periodismo católico en los primeros años de la

1884-1889”, ponencia, II Jornadas de Religión y Sociedad, Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. E. Ravignani, Buenos Aires, octubre de 2000.

²¹ “N. S. de Luján”, *La Unión*, 29 de abril de 1888.

²² “Pro aris et focis”, *La Unión*, 1 de agosto de 1888.

²³ “La petición popular”, *La Unión*, 1 de noviembre de 1888.

²⁴ “La situación y los católicos”, *La Unión*, 10 de noviembre de 1888; “Acción”, *La Unión*, 11 de enero de 1890.

década de 1880; el agotamiento de los debates por las leyes laicas dejó al periódico a la deriva. Su liderazgo en el periodismo católico argentino ya no estaba tan claro, y menos todavía a nivel nacional. A la larga, fracasó por completo el proyecto de *La Unión* de establecer una red de propaganda para el periodismo católico que se desplegara a nivel nacional:

Los defensores de la verdad estamos esparcidos [...] la más oscura aldea tiene soldados de Dios tan decididos como los de la capital más populosa [...] Primera necesidad: dar unidad a esos esfuerzos, darles pensamiento común, movimiento unánime [...] Nuestra táctica debe ser la de un gran ejército, disperso en guerrillas [...] Pues bien: *organización del apostolado: junta diocesana en cada obispado, junta parroquial en cada parroquia*. [...] Por medio de esta red podremos tender sobre el suelo de la patria una verdadera red de propaganda que la cubra toda.²⁵

Pero esta ambiciosa propuesta no estaba destinada a prosperar: *La Unión* dejó de publicarse muy poco tiempo después de su formulación, a fines de mayo de 1890.

En suma, *La Unión* en la década de 1880 constituyó la primera experiencia en la cual el periodismo católico se esforzó por hacer del catolicismo una identidad política: hizo del catolicismo una causa a defender que se expresaba con consignas y se manifestaba públicamente. Para ello, el periódico se preocupó por aglutinar a las “fuerzas católicas” y constituir clubes; con el correr del tiempo, construyó incluso la idea de “organizar el apostolado” a través de una red nacional de organizaciones católicas. Asimismo, esta misma red ofrecería un ámbito propicio en el cual difundir y distribuir el periódico. Así, pudo vaticinarse el arribo del “renacimiento cristiano”, fórmula que comenzaba por entonces a ser proclamada. Pero para que ese renacimiento se viera finalmente consumado, habría sido necesario que el periódico prosperara, se difundiera y vendiera a través de las fuerzas católicas ya organizadas. En la práctica, este proyecto hizo agua: un modesto periódico como era *La Unión* en la década de 1880 no estaba en condiciones de sustentar tamaño proyecto. La causa de la cristiandad necesitaba de una prensa católica de vastas proporciones que *La Unión* no estaba en condiciones de ofrecer.

3. Luego de la desaparición de *La Unión*, entre 1890 y 1920, el periodismo católico no verificó mayores progresos. Mientras importantes diarios porteños comenzaban a dar muestras de estar ya ingresando en la era de la modernización, el periodismo católico se conservaba a la zaga, con pequeñas—aunque abundantes— publicaciones parroquiales y

²⁵ “¿Qué es el apostolado de la prensa?”, *La Unión*, 20 de marzo de 1890.

locales que no podían aspirar a mucho más. Ya entrado el siglo XX, los diarios católicos conservaron una factura decimonónica, sin importantes innovaciones. Ni siquiera *El Pueblo*, fundado en 1900 bajo el ala protectora de Federico Grote, pudo remontar alto vuelo en las décadas iniciales del siglo XX. En estas condiciones, no había publicación católica que se destacara mayormente por sobre las demás: no había un “gran” diario católico, sino una multiplicidad de publicaciones, algunas de ellas minúsculas que convivían entre sí amistosamente. Precisamente, fue esta multiplicidad la que impidió que cualquiera de estas publicaciones se proclamara el vocero del catolicismo argentino; no había ninguna de ellas que fuera capaz de esgrimir por sí sola, con plena fuerza, la causa de la cristiandad. No es cierto que el periodismo católico languideciera; lo que ocurría era que no contaba con ningún referente claro y distinto, al menos para cualquier observador externo que echara una mirada fugaz por sobre el universo católico. En este estrecho marco, la prensa católica no estuvo en condiciones de embarcarse en grandes batallas por la causa de la cristiandad.

A pesar de la diversidad de las publicaciones existentes, pueden trazarse sin embargo algunos rasgos generales que ellas compartían²⁶. En primer lugar, se trata de publicaciones que, a pesar de que muchas veces contaban con sus propios talleres e imprentas, carecían de servicios informativos modernos —no contaban con servicios telegráficos— deficiencia que se hizo sentir cada vez con mayor fuerza en el caso de los diarios católicos; mientras la prensa laica estaba por entonces ingresando de lleno en el proceso de modernización de la actividad periodística en las décadas finales del siglo XIX, con servicios informativos cada vez más profesionales, la prensa católica se quedó completamente rezagada en el período que aquí estudiamos²⁷. Asimismo, el periodismo católico carecía de corresponsales profesionales de tal modo que se vio obligada a suplir esta deficiencia con colaboraciones de carácter *amateur*, no siempre de la mejor calidad periodística. Ello redundaba en un abundante número de noticias que aparecían en las páginas del diario publicadas en primera persona²⁸. Ya en la década de 1880 *La Unión* había llamado la atención sobre este rasgo peculiar del periodismo católico con el que era ineludible lidiar:

²⁶ Véase al respecto Miranda Lida, “La prensa católica y sus lectores en la Argentina, 1880-1920”, *Tiempos de América*, Universitat Jaume I, Castellón, en prensa.

²⁷ Un estudio sobre la modernización editorial en *La Prensa* en Diego Valenzuela, *En camino de la empresa periodística: el caso del diario “La Prensa” durante la década de 1870*, tesis de maestría, Universidad Torcuato Di Tella, Buenos Aires, 2002.

²⁸ Incluso en fechas tardías puede advertirse este rasgo peculiar: “En la capilla de Corpus Christi”, *El Pueblo*, 2 de junio de 1914; “En la iglesia de Sion”, *El Pueblo*, 6 de octubre de 1914; “De Ramos Mejía”, *El Pueblo*, 11 de febrero de 1916.

Esta clase de colaboradores puede distribuirse en tres categorías: el colaborador anónimo, murmurador, maledicente, cateador de escándalos, que tiene siempre una denuncia en el bolsillo; el colaborador noticioso, cronista por carambola, frecuentador de bailes menudos, saludador de los que parten y los que llegan; el colaborador solemne, con grandes aires de literato, provisto de un estilo rimbombante (cuando tiene estilo), hueco y sonoro como una lata vacía, insípido, aburrido como un tren nocturno.²⁹

En ninguno de ellos se podía confiar demasiado, concluía el redactor. En este mismo sentido, constituía también una limitación de la prensa católica el hecho de que este tipo de publicaciones se vendiera únicamente por suscripción; a diferencia de la prensa “laica”, los periódicos católicos —incluso los diarios— no se vendían en la calle ni se voceaban públicamente, sino que contaban con un círculo estrecho de clientes que resultaba muy difícil de incrementar. El sistema de suscripción le garantizaba una cuota de lectores fijos pero al mismo tiempo sustraía al periódico de la necesidad de salir a la caza de los lectores, de competir en el mercado, de atraer nuevo público; lejos de ello, se mantenía gracias a un estrecho y reducido círculo de fieles lectores que renovaban año a año su suscripción. Las estrechas redes de suscriptores de cada publicación católica se construían en torno a agentes locales que se encargaban tanto de la distribución del periódico como de cobrarle a los suscriptores sus respectivas cuotas; estos agentes solían establecerse en las diversas parroquias, centro desde el cual podían coordinar la distribución y la venta de nuevas suscripciones y ejemplares. De este modo, la producción, la venta, la distribución y el consumo del periódico católico se tornaba completamente dependiente de unas muy intrincadas redes de lectores, agentes y feligreses, sin competir libremente en el mercado. Es por ello que las publicaciones estaban muy atentas al crecimiento de sus agentes. Por ejemplo, en 1893 *La Perla del Plata* advertía: “es digna de observación el número de personas que se ofrecen por todas partes espontánea y desinteresadamente para desempeñar el cargo de agentes de esta revista, o que lo aceptan a la menor indicación sin retribución ninguna”.³⁰

En este marco, le era difícil a cualquiera de estas publicaciones esgrimir la defensa de la causa de la cristiandad. Las publicaciones hablaban con frecuencia en nombre de los feligreses a los que apelaban a veces directamente —ya sea para invitarlos a asistir a una fiesta religiosa o para solicitarles su óbolo para llevar a cabo una refacción en el templo—, pero no estaban en condiciones de hacerlo en nombre del “catolicismo argentino”; no

²⁹ “Los colaboradores”, *La Unión*, 28 de diciembre de 1887.

³⁰ *La Perla del Plata*, 22 de octubre de 1893, p. 714.

hacían referencia a una identidad colectiva, integradora y universalista. En este contexto, fue el diario *El Pueblo* el único que intentó un cambio de rumbo, de lenguaje y de tono en el concierto del periodismo católico, sin embargo, aún en las dos primeras décadas del siglo era un periódico modesto que no lograba descollar. Consciente de sus limitaciones y de la escasa repercusión que encontraba más allá de unos muy estrechos círculos de lectores y feligreses, el periódico comenzó a construir, no obstante, el proyecto de modernizarse y crecer editorialmente. Y fue en este contexto, a medida que este proyecto maduraba en la mentalidad de sus responsables, que el periódico se atrevió a comenzar a hablar en nombre de la cristiandad y a esgrimir la defensa de una identidad católica. En 1913 afirmaba, en este sentido que “el diario católico [...] tiene que llegar a ser tan fuerte como la causa, puesto que será siempre su indispensable propulsor”³¹. Esta identificación entre el periódico y la causa católica habrá de consolidarse a medida que el propio periódico se modernice, proyecto en el que se embarcó desde mediados de la década de 1910. La modernización implicaba la incorporación de servicios informativos y telegráficos internacionales —cuya ausencia se hizo notar, en especial, en los años de la Primera Guerra Mundial— y la renovación de la planta editorial con el propósito de “*competir aun desde el punto de vista informativo con los demás diarios que se vocean en las calles, en las estaciones de ferrocarril, en las inmediaciones de los teatros y que lo persiguen a uno hasta tentarlos de adquirirlos en el tranvía, en el trabajo, en los paseos, dondequiera*”³². Pero las dificultades que trajo consigo la guerra pospusieron la anhelada renovación editorial del periódico que debió aguardar a la década del veinte para convertirse en el “gran diario del catolicismo argentino” —éste será su lema— e invocar sin ningún prurito la defensa de la cristiandad. De ahí en más la identificación entre el periódico y la causa católica se encontrará ya fuertemente cimentada.

4. Fue en la década del 20 cuando *El Pueblo* comenzó a despegar: las páginas del periódico comenzaron a trepar; la fotografía se convirtió en una presencia permanente; los avisos comerciales que ofrecían productos destinados al consumo de masas poblaron el periódico; la información internacional se nutría de los servicios de las agencias periodísticas que ahora el periódico estaba ya en condiciones de costear; el periódico se encontró en condiciones de multiplicar sus suplementos especiales, incluyendo uno de carácter dominical que se distribuía fuera de la edición ordinaria con gran repercusión

³¹ “*El Pueblo y la manifestación*”, *El Pueblo*, 15 de octubre de 1913, p.1.

³² “*Un día que habremos menester*”, *El Pueblo*, 14 de septiembre de 1917, p.1.

gracias a la presencia que *El Pueblo* adquirió los días domingo a la salida de la misa, en los atrios de los templos³³. Los progresos se vivían día a día, a pasos agigantados, y con ferviente entusiasmo. Pero no todas eran buenas noticias para el periódico católico: el número de suscriptores crecía lentamente mientras *Crítica*, por su parte, se vendía como agua³⁴. No casualmente, fue entonces cuando se comenzó a hablar de la necesidad de recristianizar la sociedad, lenguaje que se expresaba en un apasionado tono de cruzada. En este marco, “recristianizar la sociedad” no simplemente constituye un programa abstracto de regeneración cristiana que debe ser interpretado en clave teológico tomista³⁵; era ésta una fórmula que remitía al muy concreto problema de cómo aumentar la difusión del periódico católico, dado que la sociedad sólo podrá estar completamente recristianizada cuando el periódico sea capaz de llegar hasta sus últimos rincones. Para lograr este resultado, era necesario una completa organización del laicado católico, se enfatizaba; *El Pueblo* no dejó nunca de llamar la atención de la jerarquía eclesiástica sobre la necesidad de la organización del laicado, porque de ella dependería, a sus ojos, el propio periódico:

Hay un paralelismo entre el diarismo católico de una ciudad, de una nación, y la colectividad católica de esa ciudad o nación tan estrecho y evidente que a una mayor consistencia de ese conglomerado corresponde una prensa más pujante, más firme y viceversa³⁶.

Fue en este contexto que el periódico lanzó a la calle una de sus iniciativas más exitosas: un concurso de lectores (el así llamado “Gran Concurso Difusión”) que, en clave lúdica, se propuso reclutar nuevos suscriptores convirtiendo al mismo tiempo a los ya existentes en sus cruzados, quienes saldrían al ruedo en pos de obtener para el diario mayor difusión. Se premiaba el esfuerzo que cada lector invirtiera por convertirse en un cruzado, vale decir, un propagandista del periódico dispuesto a competir por obtener nuevos suscriptores. El concursante —el cruzado— debía sumar puntos obteniendo suscriptores. Se podía participar en el Gran Concurso ya fuera individualmente o formando equipos que competían entre sí por conseguir nuevos suscriptores para el diario; cada nuevo suscriptor obtenido retribuía un determinado puntaje que variaba según la duración de la suscripción (trimestral, semestral o anual) y, claro está, ganaba quien más puntos conseguía. De este

³³ La historia pormenorizada de este desarrollo puede verse en Miranda Lida, *De lectores y cruzados. Prensa católica y sociedad 1900-1960*, libro en preparación.

³⁴ Sylvia Saítta, “El periodismo popular en los años 20”, en Ricardo Falcón (dir.), *Democracia, conflicto social y renovación de ideas 1916-1930*, Buenos Aires, 2000, y de la misma autora, *Regueros de tinta. El diario “Crítica” en la década de 1920*, Buenos Aires, 1998.

³⁵ Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica...*; Susana Bianchi, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina 1943-1955*, Tandil, 2001.

³⁶ *El Pueblo*, 27 de diciembre de 1925, p. 3.

modo, y en especial a través del Gran Concurso Difusión, el lector se familiarizará con un lenguaje en clave de cruzada, que podía llegar a alcanzar ribetes realmente virulentos. Véase cómo se invitaba a participar en este concurso de 1928, con avisos a veces publicados en primera página:

Prepare sus armas. Una noble batalla lo espera. ¡Propóngaselo y triunfará! ¡Adelante! ¡Dios lo quiere! [...] Sea usted dentro de este siglo paganizado un valiente heraldo de Cristo Rey. Consiga nuevos lectores para el diario católico.

[...] Aliste su armamento. Recorra su campo de acción. Reclute cooperadores. Hágase ayudar por sus amigos y conquistará un lugar en la vanguardia de los *Cruzados de la buena prensa*. [...] Enrólese en este santo apostolado seglar.³⁷

Este lenguaje se repetía año a año en las páginas del periódico y, con toda su virulencia, no tardó en politizarse y radicalizarse a lo largo de la década de 1930. Así ocurrió por ejemplo en ocasión de la Guerra Civil Española, una verdadera divisoria de aguas en la sociedad argentina³⁸. En este contexto, no ha de extrañar que *El Pueblo* tomara partido y se comprometiera abiertamente en alinearse junto a quienes defendían la causa del campo franquista. Pero más interesante que las banderías que adoptó es el hecho de que el periódico contribuyó a su vez a impulsar desde sus páginas la polarización de la sociedad con su permanente prédica; contribuyó a hacer más agudas las líneas que separaban a ambos campos. *El Pueblo* habría aportado su cuota al proceso de polarización de la sociedad, dado que consideraba completamente inadmisibles la neutralidad o la indiferencia del lector ante la guerra de España. La adopción de un lenguaje en clave de cruzada cada vez más virulento luego de 1936 terminará por confundirse con una toma de posición explícita por Franco, pero el propósito no era simplemente que el lector se embanderara con la causa franquista sino más bien que aprendiera a apasionarse, abandonando su indiferencia. No casualmente, la invitación a tomar partido alcanzó su tono más virulento en octubre de 1936, cuando se lanzaba el habitual concurso del periódico. La toma de posición con respecto a la guerra y la participación en el concurso se parecen en muchos sentidos y terminarán por entrelazarse profundamente en 1936: un lector indiferente no se compromete en ningún bando en lucha, así como tampoco sería capaz de salir al ruedo en

³⁷ *El Pueblo*, 28 de octubre de 1928, p.1; 3 de noviembre de 1928, p.1; 18 de noviembre de 1928, p.7.

³⁸ Tulio Halperin Donghi, *La Argentina y la tormenta del mundo*, Buenos Aires, 2003, cap. 3; Luis Alberto Romero, *Breve historia de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, 1994, pp. 107-110; Loris Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica...*, pp. 198-208.

el Gran Concurso Difusión... Véase cómo las dos cosas se mezclaban en las invitaciones que publicaba el periódico a participar en el concurso:

La situación actual no permite cómodas posiciones expectables ya que próximos hechos obligarán a la beligerancia de todos, sumándose en fuerzas perfectamente definidas y diametralmente opuestas. *El Pueblo* ocupa con entereza y resolución su puesto. Espera que los buenos argentinos sabrán sumarse a su acción [...] Se ha iniciado el Décimo Concurso Difusión. Ocupe su lugar en ese torneo de afirmación doctrinaria. [...] *Lector: La hora exige definiciones y heroísmos. ¡Ocupe su lugar!* [...] Hora es de lucha y de acción pronta y resuelta [...] Un dilema de acero que define posiciones: ¿[...] Franco o Largo Caballero?³⁹

En los años de la guerra de España, la cruzada se puso en marcha, y ya nada parecía capaz de detenerla; el enemigo, por otra parte, estaba claramente identificado. No obstante, poco después, la Segunda Guerra Mundial trajo consigo un relativo apaciguamiento que apagaba el fervor entusiasta por la cruzada, impuesto por la neutralidad. En este contexto, en 1943, Luis Barrantes Molina, columnista habitual del periódico, de tono frecuentemente de barricada, constataba que, a pesar de la gran cantidad de alumnos que existían en los colegios católicos, era difícil encontrar gran número de jóvenes “consagrados al apostolado”; el significado de esta afirmación era muy claro: cada vez eran menos los que se apasionaban por *El Pueblo*⁴⁰. La neutralidad adoptada durante la Segunda Guerra había traído consigo una creciente apatía entre los lectores, que redundaba en el hecho de que eran cada vez menos quienes participaban en el concurso del periódico; se tornaban así cada vez más lejanas las expectativas de hacer del periódico el más firme baluarte de la causa católica, causa que movía cada vez menos seguidores entusiastas. Ni siquiera la introducción de la enseñanza religiosa obligatoria en las escuelas en diciembre de 1943 logró imprimirle mayor movimiento al periódico y, en especial, a sus cruzados; el hecho de que esa medida haya sido establecida por decreto le ahorró a *El Pueblo* el esfuerzo de hacer una campaña en la calle, cosa que habría podido, de ser así, revitalizar el entusiasmo por el catolicismo, y junto con él, por el propio periódico. La apatía parecía instalarse a sus anchas.

No obstante, todo cambió luego del 17 de octubre de 1945, cuando la sociedad argentina se vio nuevamente agitada por fuertes pasiones políticas. El 17 de octubre fue importante no porque *El Pueblo* haya jugado algún papel —por más insignificante que fuera— en este

³⁹ “De frente a la realidad”, *El Pueblo*, 21 de octubre de 1936, p. 5; *El Pueblo*, 15 de noviembre de 1936, p. 8; “La piedra de toque”, *El Pueblo*, 8 de diciembre de 1936, p.11.

⁴⁰ “Graves problemas de nuestro estado religioso”, *El Pueblo*, 27 de marzo de 1943, p. 8.

evento, que le era completamente ajeno en todo sentido; más bien, porque pudo sacar provecho, sin querer, de sus consecuencias⁴¹. Movilizó en un nivel sumamente profundo las pasiones políticas, y esta movilización de pasiones que atravesó a la sociedad toda redundó en beneficio de *El Pueblo*, un diario que no cobraba vida si no era a fuerza de la pasión de sus cruzados y, dicho en otros términos, su fervor apostólico. Así, en noviembre de 1945 ya no fue necesario que el periódico removiera cielo y tierra para entusiasmar a los jóvenes por el Gran Concurso Difusión; a *El Pueblo* le bastó con pedirle a los “jóvenes de acción” que salieran a hacer “pegatinas” de afiches publicitarios para el periódico. En una sociedad cada vez más empapada de la pasión política, la propuesta era sumamente atractiva

Se buscan hombres jóvenes o jóvenes hombres capaces de esgrimir la espada trocada en pincel para que cual generales en jefes sepan y quieran organizar “UNA BUENA PEGATINA” de carteles de *El Pueblo*. Bastarán tres o cuatro soldados decididos, resueltos, trabajadores, que no tengan miedo de salpicarse con gotas de engrudo, si a cambio se les da la oportunidad de salir airosos, triunfales en la campaña mural de la verdad íntegra, de la verdad impresa, de la verdad hecha tinta de diario que se estereotipie en los cerebros de la multitud. En cada pueblo debe haber un “CAPITÁN ENGRUDO”, técnico táctico y estratégico que, armas al hombro, salga en estas noches primaverales a engalanar su pueblo o ciudad con los hermosos carteles del diario que aman los católicos argentinos. Usted puede ser un INTRÉPIDO CAPITÁN ENGRUDO. Le damos el espaldarazo que lo convierta en tal. A la lucha. Al combate. [...] Al trabajo, pues, SEÑOR CAPITÁN⁴².

Este tipo de invitaciones a la acción cobraban pleno sentido después del 17 de octubre. Con ellas, el periódico fue recuperando su tono fervoroso. No casualmente, el periódico afirmaría por entonces que “aumentan de continuo los fervorosos propagandistas de *El Pueblo*”⁴³. Sobre estas bases, pronto estuvieron dadas las condiciones para llevar a cabo una completa organización de las fuerzas católicas, que tendría al propio periódico por protagonista. Los primeros ensayos en este sentido datan del Congreso de la Juventud celebrado en 1946: no sólo el periódico publicó toda una serie de avisos con el propósito de invitar a asistir a aquel congreso, que se celebraría en agosto, sino que además se esforzó para que su presencia se hiciera notar: en el acto de

⁴¹ Sobre el 17 de octubre, pueden verse los trabajos reunidos en Juan Carlos Torre (comp.), *El 17 de octubre*, Buenos Aires, 1995; Félix Luna, *El 45*, Buenos Aires, 1971.

⁴² Las mayúsculas en el original. “Capitán engrudo”, *El Pueblo*, 11 de diciembre de 1945, p. 17.

⁴³ “En continuo aumento”, *El Pueblo*, 2 de diciembre de 1945. También: “En San José de Calasanz”, *El Pueblo*, 25 de noviembre de 1945, p. 16; “La mejor manera de lograr un ideal”, *El Pueblo*, 3 de febrero de 1946, p. 16.

clausura se anunció por la red de micrófonos que *El Pueblo* publicaría una edición especial con motivo del Congreso. Y la tarea del periódico no se agotó en invitar al Congreso y publicar luego el suplemento especial de rigor; *El Pueblo* subrayó que sus propios periodistas católicos habían sido los verdaderos animadores de la fiesta dado que habrían sido ellos quienes pusieron en boca de las multitudes que asistieron al acto el cántico que con mayor insistencia se entonó en aquella ocasión: “el pueblo quiere una cosa/ enseñanza religiosa”⁴⁴. Y este cántico fue dichoso; entonado por una multitud que se estimaba en cincuenta mil personas y transmitido a su vez por la radio, obtuvo el guiño favorable del propio Perón, que se dejó seducir por el canto popular —no podía ser menos— en boca de las masas que se reunieron en el Luna Park en aquella ocasión. El periódico registró y puso de relieve el gesto de asentimiento y de complicidad que Perón le dirigió a las multitudes que coreaban aquel cántico. En suma, *El Pueblo* podía salir fortalecido de la experiencia del Congreso de la Juventud: había invitado a participar al congreso y habría contribuido a poner en circulación un cántico que había logrado seducir al propio Perón; al menos ésta es la impresión que *El Pueblo* quería transmitirle a sus lectores. Por más que el periódico exagerara al afirmar que el aporte de los periodistas católicos al congreso había sido decisivo, de cualquier forma ello nos muestra cómo el periódico tomaba por entonces conciencia acerca de su capacidad de organizar a las masas católicas.

Pero éste fue sólo un primer paso. A ello le siguió poco tiempo después, en los meses iniciales de 1947, el debate parlamentario acerca de la legalización del decreto de 1943 sobre la enseñanza religiosa, ocasión que el periódico no iba a dejar pasar en su papel de organizador de las filas católicas. A medida que el debate se prolongaba en las cámaras, más importancia cobrarían las manifestaciones católicas, lo cual le brindaba a *El Pueblo* una gran oportunidad para hacer campaña en las páginas de su periódico, convocar a las masas católicas y sacarlas a la calle. Si, como dice Lila Caimari, el debate que tuvo lugar en las cámaras legislativas no fue sino una *mise en scène*, dado que su resultado final ya estaba decidido de antemano, lo que importa que precisemos es quién fue el maestro de ceremonias que oficiaba en bambalinas⁴⁵. Y esta cuestión no admite dudas: *El Pueblo*. Véase un recuadro que se publicaba destacado en primera página el 11 de febrero de 1947:

⁴⁴ “El aporte de los periodistas católicos”, *El Pueblo*, 25 de agosto de 1946, p. 7.

⁴⁵ Lila Caimari, *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, 1994, p. 158; también, Susana Bianchi, *Catolicismo y peronismo. Religión y política en la Argentina 1943-1955*, Buenos Aires, 2001.

Es inminente la sanción legislativa de la enseñanza religiosa. [...] Los católicos debemos entonces estar prontos a acudir el día que se trate la enseñanza religiosa, a la Plaza del Congreso, para testimoniar con nuestra presencia el arraigo popular que tiene. [...] *No deberán esperar indicaciones de ninguna naturaleza, pues el solo anuncio será suficiente convocatoria para que todos espontáneamente respondan al llamamiento de su deber y concurran frente al Congreso*⁴⁶.

La invitación se reiteró en los días subsiguientes, hasta que finalmente el 13 se llevó a cabo una primera manifestación que quedaría trunca, porque la votación quedó pospuesta en las cámaras... Pero no era un mal síntoma éste, en realidad, sino todo lo contrario: era una clara invitación a que el espectáculo continuara en las calles. Así, la marcha organizada el 13 de febrero concluyó con el grito de “¡volveremos!”⁴⁷. Y poco más tarde, el primero de marzo, *El Pueblo* invitaba a una nueva manifestación a la que le sucederán otras en los días subsiguientes: “Cumplamos la promesa de ‘volveremos’”, insistía el periódico⁴⁸. El broche de oro que coronó estas manifestaciones no fue simplemente el éxito obtenido en la campaña cuando finalmente se aprobó la ley. Más importante fue el hecho de que *El Pueblo* jugaría por entonces un papel novedoso: no fue, simplemente, un maestro de ceremonias que actuaba en bambalinas, como en 1946; pasó por el contrario al primer plano y asistió a la manifestación del Congreso como una columna más, con su propia bandera. A ello contribuyó el hecho de que el periódico contara desde 1940 con una oficina comercial en la Avenida de Mayo; la Avenida era un escenario privilegiado de la vida política, dado que las más importantes manifestaciones de masas transcurrían en sus calles. Quien ocupara posiciones en la Avenida, aun cuando sólo fuera con una modesta oficina, no podría pasar inadvertido. En las manifestaciones de 1947 el diario cobró vida: era un actor de carne y hueso⁴⁹. Fue entonces cuando el catolicismo pudo mostrarse públicamente como una identidad política madura.

⁴⁶ “Estar prontos”, *El Pueblo*, 11 de febrero de 1947, p. 1.

⁴⁷ “Proporciones destacadas alcanzó el acto”, *El Pueblo*, 14 de febrero de 1947, p. 1.

⁴⁸ “Ningún católico debe faltar”, *El Pueblo*, 5 de marzo de 1947, p. 3.

⁴⁹ La propia Acción Católica debió reconocer el protagonismo de *El Pueblo* en las manifestaciones de 1947. El presidente de la junta arquidiocesana terminó por admitir que “no había hallado en todas las juntas parroquiales [de la ACA] el mismo espíritu de colaboración. Que muchas no habían hecho nada”. Sin embargo, distinto habría sido el caso de *El Pueblo* que “no solamente dio lo que pudo, sino que lo dio todo, y tan poco lo han ayudado para que así fuera”. Al respecto, véase “Realizóse ayer la primera reunión de comisiones directivas de juntas parroquiales de la AC”, *El Pueblo*, 30 de marzo de 1947, p. 9.

5. A pesar de la enorme distancia que existía entre *La Unión* a fines del XIX y *El Pueblo* en el siglo XX, es de destacar que ambos periódicos hicieron de sus páginas un espacio desde el cual procuraron organizar al laicado católico por detrás de una causa: la cristiandad. Para ello, se esforzaron por reclutar a sus huestes, divulgaron y popularizaron consignas que servirían para estrechar filas, debieron además identificar el enemigo a combatir y dedicarse a denigrarlo, sea el mundo moderno paganizado, el socialismo, más tarde el comunismo, el laicismo... Sin embargo, el éxito de estas empresas dependió de la envergadura del periódico en cuestión. A fines del siglo XIX, *La Unión* era plenamente consciente de que se había embarcado en una empresa que no estaba a la medida de sus fuerzas. Plenamente consciente de sus limitaciones, presentaba un tono derrotista que se manifestaba a través de un recurrente lamento por los avances —inexorables, se reputaba— del proceso de secularización, proceso que pretendía hacer de la Iglesia una entidad bastante escuálida, más vinculada al pasado que al presente, poco consolidada institucionalmente e incluso podía considerársela en retroceso. Y esta imagen de la Iglesia de fines del siglo XIX fue tan poderosa que se transmitió, sin más discusión, a la historiografía. Por contraste, *El Pueblo* luego de la década de 1920 logró revertir esta imagen, con un tono de revancha. Tenía sus motivos para adoptar un lenguaje triunfalista, dado que había logrado robustecerse material y empresarialmente; en estas condiciones, logró enarbolar la causa de la cristiandad con una fuerza inédita y alcanzó éxitos sin precedentes en la organización y movilización del laicado católico. Además, en la década de 1930, a medida que la sociedad se politizaba crecientemente, no le era nada difícil identificar cuáles serían sus enemigos contra los cuales alinearse (laicistas, socialistas, comunistas, etc.), dado que las pasiones políticas estaban plenamente desatadas. Las consignas, la recurrente invitación a la cruzada y la movilización del laicado —en principio a través de un “inocente” concurso de lectores—hicieron el resto: convertir al catolicismo en una identidad política que fue capaz en 1947 de convocar exitosamente a sus huestes y ponerlas en acción.